

Filosofía, Arte y Letras

Un día sin libros

Anónimos orales y fecales

— I — Por Ramón J. Sender

¿No ha recibido usted nunca anónimos por correo o por teléfono, lector? ¿No? Ventajas de la impersonalidad. No hay que confundir, sin embargo, la impersonalidad con el anonimato. Se puede ser impersonalmente importante.

En muchos niveles de la vida la impersonalidad es no sólo una virtud sino una ventaja práctica. Por desgracia los escritores llamamos la atención querámoslo o no. Es inevitable. Y recibimos anónimos, aunque yo sólo los recibo cuando estoy en España.

Se dice en América que el país donde se reciben más anónimos (por teléfono o por correo) es la Argentina y concretamente Buenos Aires. No me extraña. La mezcla de culturas es mayor que en otras partes con sus italianos, "gallegos", semigauchos o semigringos. Y con el vicio nacional que ellos mismos definen con el nombre de guaranguismo. Equivalente, aunque con peculiaridades propias, a la cursilería española; las susceptibilidades y malquerencias deben abundar.

Hubo un tiempo no lejano en el que por cursilería se asesinaba en España. En la cursilería, como en el guaranguismo, hay una dimensión imitativa. ¿Imitativa de qué? De lo que se pone de moda en otras partes. En España se imitaba a Hitler, a Mussolini y a Stalin. Ahora en la Argentina cada grupo político ensaya una guerra civil a su medida. Lástima que todo eso suceda en uno de los países más ricos y cultos de Suramérica.

Como decía, en Buenos Aires se reciben más anónimos por teléfono y por correo que en otras partes. Como todo hay que tenerlo en cuenta, los bonaerenses pueden argüir en su favor que es la ciudad con un porcentaje más alto de suicidios. Y ya no se trata de guaranguismo ni de cursilería. No hay bromas con esta frecuencia del suicidio revela un nivel de sensibilidad y de angustia impresionantes. Y respetables, porque todos sabemos lo que esa angustia representa aunque no hayamos llegado tan lejos.

Yo sólo he recibido anónimos en España. Por la costumbre de los novelistas de ejercitar la intuición adivino fácilmente de dónde vienen esos anónimos. Hay que añadir que sólo los he recibido en mi región natal, Aragón, y en la capital, Zaragoza. Y no en cantidad que merezca la pena hablar de ellos, aunque sí en calidad, porque uno de mis comunicantes postales me enviaba una carta fecal. No voy a insistir y el lector puede imaginar lo que quiera y acertará. Tampoco me extraño a mí. La gente se expresa como puede y esa es la única forma de expresión de algunos.

Si esos anónimos revelaran un estado natural de inquietud habría motivos de alarma por el estado de tensión de una sociedad que está viviendo aún bajo memorias infaustas y deseos más o menos reprimidos de agresión. Supongo que se trata sólo de expresiones esporádicas de estupidez (se dan en todos los tiempos y países).

Por lo que se refiere a los escritores yo comprendo ahora que al llegar a esa madurez en la que cada cual cree tener derecho al respeto de los demás (en España se ha respetado siempre a la vejez) la mayor parte de los escritores se hayan retirado a su torre más o menos de marfil y en ella se hayan aislado. Por ejemplo, Azorín, a quien casi nadie vio en sus últimos cuarenta años. Juan Ramón Jiménez, en su estudio de paredes acolchadas. La cosa parece simbólica y elocuente. Escritores que eran considerados "menores", como Palacios Valdés, sufrían la misma marginación. Y el premio Nobel y autor teatral Jacinto Benavente v completo ostracismo.

La última palabra

Por E. Alvarez Henao

Sonó exacta la hora postrimera de los eternos, justicieros plazos, en que el rayo dejara hecha retazos la nube que su paso le impidiera.

Terrible es aba Dios, muda la esfera: el Hijo, con el cuerpo hecho pedazos, desprecé por fin aquellos brazos que sembraran el bien por dondequiera.

Cuando el velo del templo se rompió, bramaban las alturas con estruendo; el huracán contra la cruz rugía...

Y El, buscando a su Padre en la agonía, "en tus manos mi espíritu encomiendo", dijo, y se fue con El la luz del día.

Rama de oro

Por Juan Ramón Jiménez

Doliente rama de hojas otoñales que el sol divino enoja y trasparente, cuando hurta el sol la nube, polvorien a rama es, de miserias materiales

Todas las maravillas inmortales que la hoja de oro exalta y representa, se las lleva la hora turbulenta al centro de los senos celestiales.

Corazón: seco, vano y pobre nido, en que los sempiternos resplandores hallan, un punto, refulgente calma;

cuando el amor te deja en el olvido, se truecan en cenizas tus fulgores y es vil escoria lo que creste alma.



El pintor brasileño Roberto Newman, ante una de sus obras.

Cuando se derrama el vino y nos apartan del oficio

Por Carlos Balaguer

"Zapatero a tus zapatos, dicen, pero qué difícil es para el escritor latinoamericano dedicarse a hacer sus zapatos sin salir con las manos marchitas, golpeadas, entristecidas".

En aquel saloncito acogedor —apartado de los ojos de la ciudad, del palpitante sanguíneo de sus arterias urbanas— nos hablamos dado cita; un tanto en forma secreta, clandestina. Fuimos llegando uno por uno, bajo el discreto velo de una lluvia torrencial. Desde la oveja apartada del rebaño, hasta la oveja negra. Porque en el fondo los escritores llevamos mucho de ovejas negras: somos algunas veces rechazados, alguna vez vamos con la piel teñida de oscuridad por andar metiéndonos constantemente en los siniestros rincones de la realidad; como buhoneros, tratando de rescatar la luz interior de la chimenea. Y se nos manchan las vestiduras, se nos tilda de sospechosos y comenzamos desde entonces a vivir con cierto aire de misterio. Nuestra voz se va a sonar al exilio, cuando no a una cárcel o a una tierra extraña.

La rebeldía en el escritor es insatisfacción, es querer transformar, es preguntar más de la existencia. Un ciego deseo de identificar el absoluto. Toda vez que esta identificación y transformación nos lleven al plano superior de libertad.

Es bien cierto que para el escritor su rebeldía tiene caro precio. Como es sabido ella le cuesta algunas veces la cárcel, la excomulgación, otras el exilio, otras tantas la pobreza y en el peor de los casos la muerte.

Ese oficio es de los pocos oficios que en vez de darnos nos quita. No solamente prosperidad económica sino también parte de nosotros mismos, mucho de nuestra vida. Aprender, si es que se puede aprender ese "oficio" porque no

existe una universidad que tenga su cátedra, es como aprender a ser hombres, es decir enfrentar desde la perspectiva más difícil la vida, aprender a perder mucho de eso que se nos cae, de eso que se nos mutila, que se nos desgarran en la reyerta de eso que se nos confisca. Sin embargo ese "duro" oficio es como la tormenta que, ¿cuánto deja a cambio!

¿Contra quién estamos en este paraíso y en este campo minado? Realmente en contra de nadie, y eso es lo peor. A lo mejor en contra de nosotros mismos o en contra de todo, o como dije anteriormente, en contra de nada. Y ese estar en contra de nada es lo que nos hace preguntar y conquistar, y salir con plumas menos de la refriega, pero siempre como el dardo, hacia adelante.

Si nos prohíben escribir y ser nosotros mismos, nos matan, nos ponemos tristes como una planta sin sol, como un quetzal. Estamos condenados como la abeja a su labor, registrados en expedientes secretos, ubicados siempre en las zonas neurálgicas de la historia.

El oficio de escritor es el menos bien pagado. Algunas veces gana más dinero un futbolista, un comerciante, un dictador, una prostituta, etcétera. No es que quiera decir que los oficios anteriores son radicalmente deleznales, es decir fáciles, resbaladizos, porque bien sabemos que también son algunas veces difíciles de llevar, sino porque es el escritor quien trabajando tanto y tan arriesgado recibe tan poco, como un trabajador en las minas, que arriesga su vida, su salud, su espíritu.

El escritor en nuestra sociedad no tiene leyes que lo amparen, tanto en sus derechos de autor como en sus derechos humanos. Con frecuencia para subsistir son víctimas de un oficio diferente, de un trabajo que les absorbe y les ata, de un rincón burocrático por el que le señalan o de otra suerte de

dificultad, que les atrapa y les niega el derecho de existir y realizarse. Necesita ganar para obtener el sustento diario pero todos sabemos que del oficio de escritor muy pocos pueden vivir. Su bienestar, por tanto, radica en tres soluciones disponibles: saca el número de su suerte en un sorteo de lotería, para quedarse tranquilo por un buen tiempo, se le paga su trabajo justamente o se le asigna una pensión estatal al través de un seguro social, para que se ponga a producir no lo que el Estado quiera ni lo que ningún otro sector interesado, sino, lo que su actitud humanística le designe.

"Zapatero, a tus zapatos", dice la expresión popular, pero qué difícil es para el escritor latinoamericano dedicarse a hacer sus zapatos sin salir con las manos marchitas, golpeadas, entristecidas. Porque esos martillazos, esos remiendos a un mal verso, a una cicatriz de la ciudad, a una herida en el costado del hombre, cuesta. Y lo que se obtiene a cambio es muy poco, comparado con lo que se da, aunque nos deje una plena satisfacción en el alma.

Esa noche en que celebrábamos el triunfo de un compañero por su nuevo libro, comprendimos que es bien difícil escaparse de la noche urbana para cumplir un destino pleno. Que muchos nos sentimos cazadores furtivos, traficantes ilegales de la esperanza o de la frase de amor, que hijos del mismo padre y de la misma madre —esa tierra oscura, atormentada y triste, pero rica en nutrientes—, terminábamos separados y concertando citas, después de no vernos por muchos días, por muchas lunas como pensaban los ancestros; después de no vernos desde hacía muchas calles, muchas avenidas, muchos pueblos, muchas ciudades, muchas heridas, muchos amaneceres.

Celebramos la cena, con vino rojo a la usanza antigua, extrañando a la oveja perdida que no estaba con nosotros y afirmando nuestros afectos. Un trecho bien efímero se precipita entre un brindis que se nos derrama como un beso sangrante en la orilla circular de la existencia y la indiferencia trágica de quienes nos apartan del oficio.

Ese oficio de zapateros, donde nuestras ambiciones se cambian por otras ambiciones y ruedan cuesta abajo como guijarros del camino.